

Trascendencia del Pensamiento de Suárez en la Vida Colombiana

Por HERNAN GUILLERMO ACOSTA

“El talento se cultiva en la soledad,
el carácter en las tempestuosas olea-
das del mundo.”

GOETHE.

Verdaderamente fascinador e inquietante, pero también elocuentemente difícil, dar al menos un bosquejo puro y justo sobre este ensayo, que ha dado en llamarse *Trascendencia del pensamiento de Suárez en la vida colombiana*.

Fascinador e inquietante. Sí!, porque ciertamente regocija la conciencia de aquellos que hemos sido hondos enamorados de nuestras disciplinas históricas en donde desventurada y fatalmente, la personalidad humana, la justicia, la libertad, las normas de conducta, el respeto a los derechos civiles y garantías sociales, la igualdad, la fraternidad, la ley, la costumbre, la moral pública y privada, el derecho, la prensa hablada y escrita, todo, absolutamente todo, ha sido tiránicamente violado por los intereses falsos y las ambiciones malsanas de algunos entes oscuros; de aquellos que la historia viene desbordando como un gran río caudaloso y turbio desde el Génesis; y que con el devenir de los siglos desembocará inexorablemente en el estuario del Apocalipsis, para dar cumplimiento en esta forma a la inspirada profecía de San Juan.

Rueda la caravana de la humanidad doliente por la geografía del mundo; derramando por sus playas estériles, y por las edades equivocadas, brumosos núcleos protervos de esta sociedad, que forma la gran familia de Dios, y que galopa confundida y ciega como un corcel monstruoso, entenebreciendo con sus actos ominosos, lo que debiera ser clara manifestación de la vida temporal como destino; y no como engendro del Infierno, abortado luego por la naturaleza con derroche de ignominia y depredación para vergüenza y ludibrio de la humana especie.

Elocuentemente difícil, empresa de cíclopes. ¡Sí!, porque al describir y analizar las acciones de aquellos prohombres que supieron

darle brillo y gloria a la patria, hay que mirarlos como se mira a la verdad, una e indivisible, desnuda y sin disfraz de farsa. Hay que apreciarlos en lo que valen, y presentarlos ante la historia en lo que son. Hay que contemplarlos como se contempla un paisaje, con sus cimas y con sus simas, con sus alturas y con sus llanuras, con sus cumbres gloriosas y con sus eriales de muerte, con sus luces y con sus tinieblas, con sus cúspides coronadas de fama, y con sus abismos insondables de errores, con sus picachos aureolados de pureza, y con sus pantanos mefíticos de horrores, con sus cúpulas enguirnaldadas y diademadas por la gloria de sus hechos célebres, y con sus bases socavadas y rotas por el abandono de sus principios salvadores. Hay que observarlos con seriedad de estatua, con serenidad de esfinge, con ética de juez, como las águilas miran al sol: . . . sin pestañear.

Hay que estudiarlos cada vez que fueron grandes en sus aciertos, y grandes también en sus caídas. Escudriñarlos con sus virtudes y con sus defectos, y justificar estos últimos, ya que sólo a ellos, por ser grandes y genios, les fueron permitidos; con su sensatez y sus anomalías, ya que la mayoría de los hombres superiores son anormales en uno u otro aspecto de su polilateral discurrir por los caminos del espíritu. La anomalía en el genio, es algo así como su segunda naturaleza . . . bienhechora también . . . y más difícil aún, porque es imposible para cerebro humano medianamente organizado, limitar en la estrechez de estas páginas, la: *Trascendencia del pensamiento de Suárez en la vida colombiana*.

No pertenece el señor Suárez ni por herencia ni por nacimiento, ya que su vida marca acentuada semejanza con la de Fray Luis de Granada por el origen, a ninguna empenachada familia de la aristocracia o de la realeza, de aquellas, que como en las dinastías, sólo adquieren los honores y los poderes a título de herencia o legado, y nunca por razón de sus propios merecimientos; al contrario, este príncipe del estilo, es producto neto y auténticamente popular. Ninguna voz, ningún carácter y ninguna dinámica también, fueron tan eminentemente humanos y populares, como los de este patriarca de las letras castellanas, motivo por el cual, desde la más temprana edad, descubrió el señor Suárez la gran verdad que encierra la inmortal sentencia cervantina: “La sangre se hereda, la virtud se aquista.”

Es verdaderamente poderosísima la trascendencia que ha tenido el pensamiento de Suárez en el desarrollo de la vida intelectual y moral de Colombia. Para comprender, siquiera sea, simple y elementalmente las ideas del grande hombre en la vida nacional, y en la continental, porque Suárez es un humanista de primer orden, es necesario hacer un análisis somero de sus múltiples talentos. Tratemos, pues, de ver en este mínimo estudio la actividad del gran vidente, enfocándolo desde un punto de vista humano, aceptando, que como tal, fue susceptible de grandes aciertos y de errores múltiples.

Suárez, el hombre.—“... Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte; y precia-

te más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria; y de esta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para que tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale." Cervantes. *El Quijote*, t. II, cap. XLII.

Lo primero que hay para contemplar en un espíritu humano, por nobilísimo y puro que lo sea; y sobre todo en un espíritu calumniado, mofado, ultrajado, escarnecido, vilipendiado, humillado, rebajado, atribulado; y a quien sus semejantes transformaron en raro animal de resentimientos y de amarguras; son sus amores y sus odios. He aquí, pues, un Hércules del ideal y de la fe; con sus odios gigantes y con sus amores seráficos. Suárez es ante todo un hombre, una personalidad, un carácter. Y es a los grandes hombres; a las grandes personalidades; a los grandes caracteres; a quienes corresponde ser norte y guía; brújula y pauta, que fije en la accesible lontananza de los siglos, el robusto y luminoso hito, a donde han de marchar las generaciones de todos los tiempos, en pos de la escabrosa conquista del Velloccino de oro del ideal radiante y abierto. Pero como nada hay perfecto en la Creación, y menos el hombre, aun cuando sea corolario de la verdad divina, he aquí, al tropezar con la versátil y muy voluble psicología del señor Suárez, un espíritu voltario, en quien se operan las más variadas y sucesivas metamorfosis. Tal es su desequilibrio interior, tal la desazón, y difícil postura de su universo interno, que en un momento inarmónico de su vida de adentro, se llega a llamar a sí mismo: *El presidente paria*. De donde se colige fácilmente, que primero se subestima, y se compadece, como para mover en esta forma a sus *euménides* a compasión y a rectificación de tajantes e incisivos errores. Quiere ganar por medio del menosprecio, y la falta de ternura para con su misma persona; lo que le ha negado la lógica, y la humana condición, por los recios caminos del razonamiento. Hay momentos donde parece que vacila tanto su actitud, que se transforma en algo así como en una especie de masoquista psíquico para después conquistar en sus equivocados y absurdos detractores la caridad, la lisonja, más por lástima (doloroso es decirlo), que por plena y justa convicción de sus adversarios, quienes siempre procedieron por designio de la maldad humana; en forma positivamente dolorosa; y con absoluta mala fe. El espíritu humano, seguirá siendo en el orden de la naturaleza, el más abismal y asombroso de todos los misterios; y el desencanto al tratar de escrutar y dilucidar este problema magno, será cada vez más, y más desesperante; porque estériles serán todos los afanes, en la febril pasión de auscultar el ritmo turbulento del arcano corazón del microcosmos. A lo que agrega Enrique José Varona: *El hombre es el eterno espectáculo del hombre mismo*.

El señor Suárez fue, ante todo, un gran carácter, y como carácter auténtico no le fue ajena la pasión de la sinceridad; porque en él era pasión; de ahí que hubiera sido sincero en sus amores, y sincero también en sus odios. Odio a sus estigmatizadores con un odio sincero, como sólo saben hacerlo los literatos de verdad. Arma letal, y definitiva es el odio incrustado en el pecho de un literato de verdadera alcurnia como el señor Suárez. La literatura universal está llena de ejemplos de literatos implacables, quienes odiaron tanto, que condujeron a la muerte a sus detractores. Pero si fue sincero en sus odios, no lo fue menos en sus amores. Sus páginas están llenas de pasajes gloriosos, donde rinde elocuente culto a verdaderos varones de bien, conciudadanos suyos, quienes se hicieron acreedores a su estima y a su reconocimiento. Pero el odio en el señor Suárez es justicia y equidad. Porque yo pregunto ¿cuál es la cuota que un espíritu debe embargar en sí, para remunerar las conductas siniestras de ciertas ánimas aviesas quienes pasaron por la tierra enlodando todo lo que era sacro y puro? "En verdad de verdad os digo", que si no se paga con odio, asco, y desprecio, se está cometiendo un fraude a la justicia, ya que a cada cual, se le debe pagar según sus merecimientos.

Queda este varón recio, vigoroso, y aquilatado, de claras ejecutorias cívicas, como paradigma perfecto; a quien deberán volver los ojos las generaciones por venir, como señal invariable cuando se haga necesaria la apología de los derechos. Porque él, es faro luminoso, que enruta la nave del estado hacia puerto seguro y apacible, y brújula inexorable, que orienta la nación hacia el más alto horizonte de hierático prestigio.

Suárez, el gramático.—He aquí al señor Suárez en toda su grandeza, manifestándose como un verdadero titán en el difícil y arduo ejercicio del cultivo del idioma. La columna más firme, robusta y granítica, en el gigantesco edificio intelectual del señor Suárez, la forma el aspecto del gramático.

El gramático se lleva generalmente la palma de la admiración unánime, disciplina esta que con ser tan fuerte e intensa, no logra eclipsar las otras luces en ese gran astro de rara energía vital que fue el cerebro del señor Suárez. Buzo afortunado en el sondeo de los inagotables mares del idioma; arista resplandeciente en el triángulo gramático castellano, porque así como Esquilo, Shakespeare y Lope de Vega, forman la trinidad dramática universal, Suárez, con Cuervo, y Caro, forman la trinidad gramática colombiana.

A su privilegiada condición de gramático genial, agregó señalados estudios de la Lingüística y Filología comparadas: de Semántica y Fonética, que le permitieron encontrar el origen de inúmeros vocablos nacionales, los cuales están consagrados hoy en la lengua como castizos. Por medio de su infatigable disciplina filológica, llegó a encontrar la razón de por qué muchas palabras varían de significado al pasar de la lengua materna a la Hispanoamericana; siendo éste, otro aporte glorioso en pro de la lengua tan continuamente castigada por ese castellano bárbaro que usan algunos pseudo-letrados sin el

menor escrúpulo y enmienda, quienes debieran antes de emplearlo, purificar sus labios, si así puede decirse, con el carbón del bíblico profeta, como solía quemarlos Isaías cuando intentaba pronunciar el nombre sagrado del Señor; porque los nombres puros, deben pronunciarse con los labios puros, con la lengua casta, con la boca virgen, con palabras blancas, pero jamás aprovecharse de su bondad e inocencia. La obra que lo levantó como gramático al horizonte más alto del prestigio patrio, fue la titulada por él: *Estudios gramaticales*.

En ella expone la doctrina gramatical de Bello.

A pesar de tan privilegiado talento, cosa rara, aparecen en su obra gramatical múltiples lunares que la afean y deforman. Siendo este aspecto el más vital de su polifacética cultura, resulta imposible para una mentalidad depurada como la mía, en cuanto idiomáticamente me ha sido posible, pasar por alto tan capitales errores, en quien por mil títulos, ha merecido ser llamado *maestro del idioma*. Incurre en imperdonables errores de cacofonía, a pesar de enseñar la fonética, la cual no le era extraña, sino grandemente familiar, que eso suena mal; en alguna parte de sus encantadores *Sueños*, recuerdo de haber leído lo siguiente: *Con confiscaciones*.

No cito en este ensayo el nombre del *Sueño*, ni la página, ni el renglón, ni el tomo, en donde está plasmada la horrenda cacofonía: *Con confiscaciones*, como me propongo hacerlo con otros errores que mostraré más adelante. Sólo me limito a decir, que se encuentra en alguno de los volúmenes que de los *Sueños* del señor Suárez publicó la *Biblioteca de autores colombianos*, bajo la dirección de la *Revista Bolívar*, en edición del año de 1954. Y sobre todo, porque cuando me inicié en la lectura de algunos de los que a mí me parecieron más instructivos, no movía mi voluntad el ánimo de escribir este ensayo, y porque tampoco fui al señor Suárez con psicología prevenida. Todo lo contrario; lo que me llevé fue inaudita perplejidad, al tropezar con el oscuro tesoro. Pero hoy al esbozar este ensayo, caigo en la cuenta, y me parece menester hacer la nota correspondiente a los respectivos errores que prometo mostrar en seguida.

Más tarde, y movido a instancia ya de autoridad competente, volví a consultar los ante dichos *Sueños*, (en forma parcial con el ánimo ya de escribir estas letras, mostrar sus yerros, pero en la fatigosa búsqueda de la precitada cacofonía... *Con confiscaciones*, periclitó mi afán, pues, la mala fortuna; (quizás porque en mí se cumple el verso de Porfirio)... "Y la fortuna a mi querer esquivá", no me permitió dar con el deseado error; al menos en los pocos *Sueños* que por la brevedad del tiempo me fue dado releer. Pero estoy seguro, que un lector diligente y animado, voluntarioso y tenaz, logrará al discurrir por la lectura de esos libros preciosos, hallar, no la piedra mágica, sino el negro carbón que a manera de mancha ominosa y descuidada, opaca con su negror la claridad del conjunto.

He aquí, además, en el pensamiento gramatical del señor Suárez, otros lunares mayúsculos:

En la página 17, renglón 4º, tomo iv de los *Sueños*, edición de 1954 hecha por la Biblioteca de Autores Colombianos, y bajo la di-

rección de la *Revista Bolívar*, se nota el mal empleo del *que*, cuando lo usa para personas, pues, escribe, *En el Sueño del Sí y el No*, donde: "...rinde un tributo de amor y gratitud a la memoria del General Gabriel Martínez Aparicio, *que* acaba de ser arrebatado." Debí haber escrito: "...*quien* acaba de ser arrebatado." Está pues incorrecto el uso de ese *que*, porque cuando reproduce a personas tiene que ser *quien*, y cuando reproduce cosas, entonces sí está correcto el *que*; ¿o se me alegrará en aras de un holocausto extravagantemente purista e hiperbólicamente papista, que un ser humano inerte ya no es una persona, sino una simple cosa? Pues, a este interrogante yo respondo enfáticamente en apología del ideal, y en agravio inclusive al mismo derecho como ciencia, que si en algún momento debe tenerse en estima la calidad dual, alma y cuerpo, que estructura la morfología del animal humano, es en el momento de la muerte, cuando el espíritu rompe la envoltura corpórea, para otear más altos, puros y serenos horizontes. Al contrario, en la página doscientas treinta y cuatro, a renglón trece, del tomo i de los mismos *Sueños* y en edición del mismo año, sí hace el señor Suárez buen uso del *quien* cuando se refiere a persona, pues, escribe "...el escritor de *quien* hablo sobresalió como hijo fiel de la Iglesia católica...". Esto lo escribe en el *Sueño del Partido católico*. Y este mismo fenómeno idiomático equivocado, se encuentra derramado en forma anormal en toda su obra; entenebreciéndola y afeándola. Esto no quiere decir, que yo arguya contra el señor Suárez desconocimientos del Idioma, pero sí me da pie para presumir en él, muchas dubitaciones al respecto, cosa que no censuro, pues, he creído que la duda, es el principio de la sabiduría, pero todo esto sí deja en mí algo así como una vaga y tenue curiosidad suspensa.

En la página doscientas treinta y cuatro, renglón veintitrés, tomo i, edición de 1954, en el *Sueño del Partido católico*, escribe: "...*Hasta que*, por *hasta cuando*. Y más adelante en la página trescientas diez y siete, en el renglón veintiuno, tomo iv, vuelve a incurrir en el mismo error, pues escribe, ...en el *Sueño sobre Núñez*: "...*Hasta que* un directorio conservador y un gobierno conservador." Debí haber escrito: *Hasta cuando* un directorio conservador y un gobierno conservador."

En la página trescientas ocho, renglón tercero, tomo iv, en el primer sueño de Núñez, escribe: "...*Y es que*, hace pocos días...". Debí reemplazar las sílabas *es que*; por vocablos más nobles y depurados. En la página trescientas veintitrés, vol. iv, vuelve a escribir: "...La consecuencia *es que* el gótico, el dórico, el rezador, el ateo, la señora, el niño, el político, el comerciante, el obrero, todos..." Debí darle un giro distinto a la frase para evadir ese feísimo *es que*. Y más adelante en la misma página, renglón veintisiete vuelve a incurrir en el tan insulso y vil *es que*. Escribe, cuando toma la palabra Nonio: "...Pero todo esto lo que comprueba *es que* la República está desorganizada, desvencijada, trastornada, enloquecida." Pudo haber redactado mejor en la siguiente forma: "...Pero todo esto lo que hace es sencillamente comprobar, que la República está desorga-

nizada, desvencijada, trastornada, enloquecida." Y sigue errando: "...Lo que admira *es que*. Escribe en el punto seguido del mismo párrafo.

En el *Sueño del Quinquenio*, página doscientas setenta y cuatro, renglón diez y nueve, tomo I, escribe: "...*Fue que*. El tenor del párrafo es como sigue: "...Luciano: ni en esa circunstancia ni en ninguna, porque yo jamás aplaudí esa providencia. Lo que hubo a este respecto *fue que* en cierta ocasión." Al menos una coma en medio de las dos sílabas, nos habría salvado de ese maldito *fue que*.

En la página doscientas setenta y siete, renglón veintiséis, tomo III, en el *Primer sueño de Límites*, escribe: "...*Así fue que* en Arauca y en otros puntos intermedios." Debió haber escrito: "...*Así fue como* en Arauca y en otros puntos intermedios."

En la página doscientas setenta y ocho, tomo III, *Primer sueño de Límites*, escribe una frase doblemente monstruosa y pésima. Escribe un *que* por el adverbio de tiempo *cuando*, lo que a la vez le habría evitado la horrenda cacofonía, pues, escribe: "...Desde *que* quedó ejecutoriada en virtud de su publicación en la Gaceta de Madrid..." Debió haber escrito: "...Desde *cuando* quedó ejecutoriada en virtud de su publicación en la Gaceta de Madrid."

En la página doscientas noventa y una, renglón quince, tomo III, *Primer Sueño sobre Límites*. Escribe: "...Siendo *así que* el público." Debió haber escrito: "...Siendo *así como* el público..." Es decir, que un adverbio reproduzca al otro, para evitar el feo lunar gramatical del: *Así que*.

En tratándose de concordancia también erraba el señor Suárez; ya que en la página doscientas noventa y cinco, renglón veintiuno, tomo III, *Primer sueño sobre Límites*. Escribe: "...El arreglo de la navegación y del comercio *fronterizo*." Para el buen empleo de la concordancia, en el caso que nos ocupa ya que los dos sustantivos concuerdan en plural masculino, debió haber escrito: *Fronterizos*.

En la página doscientas noventa y nueve, en el último renglón, tomo III, emplea *en que* por *en donde*, pues escribe: "...Hasta llegar al mismo sitio *en que* el indio." Debió haber escrito: "...Hasta llegar al mismo sitio *en donde* el indio." Pues, al escribir *en que* anhela decir lugar. Luego *donde* es adverbio de lugar, y por ello mismo correcto.

En el *Sueño de la Locura*, página trescientas setenta y nueve, tomo X, hay una equivocación en el género, pues, interroga el coronel a Desideria, y esta le responde en femenino, como si aún estuviera dialogando con Dolores. Cansancio, y fatigosas preocupaciones del autor, quien vivió lleno de angustias y tribulaciones. Pregunta el coronel:

Coronel: "...Yo quisiera, señora Desideria, oír algunas informaciones acerca de Rotterdam, Amsterdam y otras ciudades de Holanda." A lo que responde Desideria:

Desideria: "...Atenderé a usted por *complacerla*. Debió haber dicho: *Por complacerlo*, puesto que se refiere al coronel, y es género masculino.

Son graves sus errores sobre el galicismo, cosa *insólita* en este taturgo del idioma. Suele escribir en sus libros: *Así fue que*, en vez de: *Así fue como*; *así es que*, en lugar de: *Así es como*; *como es que*, en vez de: *Como se*. Ejemplos: *Como es que se dice*, (incorrecta); *como se dice*, (correcta). *Como es que se llama esa niña*, (incorrecta); *como se llama esa niña*, (correcta). Frases estas, a más de perfectas, más elegantes y abreviadas.

En las frases que llevan implícito un complemento de causa, también acostumbra pecar el señor Suárez. Escribe: *Por eso es que*, debe escribirse o decirse: *Por eso*, o *por eso es por lo que*. En los complementos de causa para que la frase sea correcta, debe suprimirse la partícula *es que*, o debe repetirse la preposición. Ejemplo: "Ese caballero suele en sus conversaciones calumniar a sus amigos; *por eso*, o *por eso es por lo que* abomino de su compañía". Estos lapsus lingue o lapsus calami, los explica y los justifica la sabiduría popular por medio de los siguientes refranes: "Al mejor tirador se le va la pava, o "en casa de herrero azada de palo", y en idioma más noble y severo: "Es propio de sabios equivocarse".

Estos, y muchos otros lunares, repetidos los mismos en forma incesante, se encuentran diseminados por toda la obra escrita del señor Suárez, oscureciendo y enturbiando su prestigio ya consolidado. Sólo estos breves apuntes, a manera de información, porque resulta absolutamente imposible condensar en la estrechez de estas páginas un trabajo exhaustivo de sus estudios. Y esto lo hago, porque me llamó poderosamente la atención; encontrar tan magnos defectos en tan portentoso faro del idioma porque si ésto le sucede al rey del buen decir, al gran coloso, entonces, ¿qué sospechar de otros escritores de menor vuelo intelectual y moral? Porque si tal le ocurre a los soberbios remos del águila caudal, que juega con el sol de la lengua, mal haríamos en esperar de las avutardas y de las palmípedas, que sólo pueden alcanzar un horizonte limitado, y sólo tienen el pesado y fatigoso fango para dar impulso a las pigmeas alas de su intelecto que realicen tentativa similar por los escabrosos y encumbrados cielos del idioma.

El modo insospechado como hizo su aparición a la vida gramatical del señor Suárez, lo explica así el autorizado colombiano Antonio Gómez Restrepo: "Surgió el señor Suárez de manera repentina de la sombra a la celebridad, en la noche memorable en que la Academia Colombiana celebró el centenario de don Andrés Bello."

* * *

Suárez, el internacionalista.—Fue el señor Suárez recia y equilibrada figura en la elaboración y desarrollo de vastos planes en la política internacional. La *Doctrina Suárez*, o de la *Armonía Boliviana*, como también se le llama, es hoy, más que nunca, documento de consulta para eruditos en la materia, quienes pueden aplicarla en la búsqueda de mejores caminos y en la realización de propósitos futuros. En el campo de la política externa y de la diplomacia sobresalió

en forma tan acertada y eficaz, que su obra difícilmente podría haber sido realizada por otro compatriota suyo.

La diatriba surgida con los Estados Unidos a raíz de la separación de Panamá, es hoy, todavía, a la vista del Derecho de Gentes, una de las polémicas más acaloradas y uno de los problemas más intrincados de cuantos en materia de política externa haya realizado la vida nacional, como que fue un laberinto de discordias y rencores. Con todo, su experimentada inteligencia en asuntos de diplomacia, supo prestar a tiempo su concurso salvador y benéfico, colocándose como mediador y árbitro entre los intereses de los dos países. Escogió la estratégica posición de mediador, que, sin ofender la sensibilidad patria, aunaba los mandatos de un nacionalismo alerta con los derechos de un futuro general, que no se avenía a la tranquilidad de proceder limpios y honestos de un pueblo colocado en atalaya excepcional y cuyo poderío capitalista hacía pesar sus abusos e injusticias sobre todos los pueblos del hemisferio en lugar de buscar una más cristiana y salvadora armonía.

Gracias a la consumada actividad internacionalista desplegada durante su gobierno, se encuentran hoy claramente señalados los límites de nuestro país, evitando así por las vías del Derecho, los choques bélicos de los Estados en la solución de estos espinosos problemas.

La doctrina Suárez, en el orden internacional, se manifiesta con perspectivas de realización y con una gran fuerza de estabilidad.

* * *

Suárez, el escritor.—Entregado a la lectura de los clásicos latinos desde la más temprana edad de los anhelos estéticos, conoció las obras de los maestros de esa lengua extraordinaria, quienes no fueron por cierto los autores de su predilección, aun cuando muy a menudo haga en sus escritos reminiscencias a estos creadores de belleza. Leamos lo que observa al respecto, un estudioso de su obra: “En el banquete intelectual y espiritual, que él se servía todas las noches, Cicerón y Tácito, Horacio y Virgilio, no eran los más apreciados.”

Conocedor como ninguno de los misterios que encierran las letras clásicas españolas, fue insaciable en el arte de extraer las más preciosas piedras de tan ricas canteras. Del Siglo de Oro, principalmente, sacó los materiales con que se creó el mejor de los estilos, y de él labró también los más agudos dardos y las más hirientes saetas de su carcaj, que más tarde habría de disparar con saña esquilliana a diestra y siniestra, contra los envidiosos y calumniadores de su obra.

Con relación a su estilo se expresa así el justiciero crítico y erudito escritor Manuel Antonio Bonilla: “Suárez reunió en sí la variedad y la grandeza de Cervantes, la fluidez y la robustez de León, la solidez de Rivadeneira, la espontaneidad de Avila, la energía de Guevara, la concisión de Mendoza, la pureza de Teresa de Ahumada, la propiedad de Yepes, la gravedad y la casticidad de Mariana, la ga-

lanura de Sigüenza, la elegancia de Solís, Antonio Pérez y Nieremberg, la limpieza de Palma, la suntuosidad de Isla, la naturalidad de Moncada, la riqueza y el ingenio de Quevedo, la perfección y armonía de Granada, la idealidad de San Juan de la Cruz. . . Y por lo que hace a escritores de otras edades, bien diremos que los iguala y que en muchas cualidades, especialmente en propiedad y concisión, los supera a todos.”

Tuvo el señor Suárez, como maestros en la prosa puramente castiza a Jovellanos, Granada, Former, Moratín, Quintana, Donoso Cortés, Lista, Pereda, Valera y Vargas Ponce.

Los Sueños.—Es esta la obra por excelencia del señor Suárez. Todos los críticos aseguran, y con sobrada razón, que su obra monumental fue la de los *Sueños de Luciano Pulgar*, fábricas perennes de sabiduría, lenguaje y buen gusto, fuente inagotable de belleza con múltiples surtidores que son otras tantas válvulas de escape por donde don Marco Fidel daba salida a sus pensamientos, siempre grandes, siempre bellos, siempre puros. No creo que sea arriesgado llamar la obra del señor Suárez, dada la inmensa cantidad de conocimientos que encierra, *La Summa teológica colombiana*, como que hay allí apartes que guardan gran afinidad y similitud con la obra del Angélico Doctor.

Es de observar, cómo el señor Suárez usó en su obra la forma dialogada, cosa no nueva por cierto, pues ella había sido empleada en la antigua Grecia por Platón, en sus preciosos *Diálogos*, por Cicerón y Quintiliano en Roma, por el Manco de Lepanto, Luis Vives, Fray Luis de León, Saavedra Fajardo y Quevedo en España; por Leopardi y otros en Italia. Es digna del mayor encomio la forma esbelta, fácil y ágil como el señor Suárez hace del método dialogado uno de los más puros y espontáneos medios de expresión de la idea.

De los labios de Grocio y Nonio, quienes son el ilustre repúblico e historiador Groot y el doctor Núñez en su orden, van cayendo paulatinamente, con serenidad, sin zozobra y sin excesos, mortales anatemas y elocuentes enseñanzas de sabiduría, que serán un gran estímulo para las generaciones futuras. De los labios de Justino Bedoya y Donato Linares, escuchamos confesiones sinceras y amargas, propias de un gran carácter, de un extraordinario valor cívico, y sobre todo, de la entereza de un espíritu honrado y consciente.

Fueron escritos los *Sueños* desde el 16 de octubre de 1922, cuando apareció el primero, hasta el 9 de marzo de 1927, pocos días antes de la muerte del gran esteta, acaecida el 3 de abril de ese mismo año.

Los Sueños de Luciano Pulgar son una obra monumental de conocimientos exactos, sociales, gramaticales, semánticos, fonéticos, geográficos, filosóficos, científicos, jurídicos, políticos, económicos, sociológicos, históricos, literarios y artísticos.

En ellos cumple don Luciano la vindicación terrible de su vida y deja maltrechos a los malsines que le acometieron creyéndolo liquidado definitivamente. Sobre esa pirá de escarnio están en forma

vertical, como los condenados por el Dante en su *Divina Comedia*, como los vilipendiados por el poeta de Sorrento y como los anatematizados de Goethe, los trogloditas y los proxenetas. De su péñola justiciera y magna, van saliendo los epítetos con que él redujo a caricatura a aquellos fermentados valores de su época, tales como el *Doctor Zorro*.

De su pluma van cayendo como hojas sacudidas por un fuerte vendaval, todos los trapaceros y malandrines, que en un momento creyeron oscurecer la ruta luminosa seguida por el infatigable apóstol de la cultura, en la realización de nobles fines. Suárez trata en los *Sueños* de todo; es, pudiéramos decir, una enciclopedia en miniatura.

Fue el señor Suárez un escritor mayúsculo y sesudo, desde todo punto de vista que se le mire. Si sus escritos no tienen el valor sustantivo de las obras de un Ramón Menéndez Pidal, de Unamuno, o del autor de *Historia de los heterodoxos españoles*, sí encierran el ánimo y el valor de las más hermosas páginas de la lengua de Castilla.

En los Sueños de la Inquisición, de la Justicia, del doctor Tobar, de Monroe, de la Perfección, del Comunismo, de las Escuelas, de la Pena de muerte, del Partido católico, de Renán, del Istmo, del Maestro, los Internacionales, (primero y segundo sobre Límites) se manifiesta con exuberante fuerza de estabilidad la personalidad del erudito, del teólogo, del apologista, del juez, del internacionalista, del legislador, del apóstol, del crítico, del estadista y del sabio. Además, en los ensayos sobre el Carácter y el Positivismo, se hace sentir en toda su poderosa fuerza sustantiva. La clara energía mental del señor Suárez, está allí obrando con serenidad y eficacia, pues sus juicios son los de una conciencia recta, que por mil atributos tenía autoridad para valorar los hechos y los hombres.

El teólogo que había en el señor Suárez, se manifiesta en toda su plenitud en la magna oración a Jesucristo. Esta obra monumental, que bastaría por sí misma para inmortalizar a cualesquiera nombres de los muchos que forman esa gran pléyade del Parnaso castellano, le llevó para concebirla y escribirla, según su propia expresión, catorce años de su vida.

Sobre la magna oración a Jesucristo, se expresa así el señor Antonio Gómez Restrepo, crítico de grandes quilates, y literato de la más egregia estirpe: "Trozo admirable en el que se han condensado muchos años de meditaciones; vaso alabastrino donde se fueron depositando gotas de esencias preciosas destiladas al fuego del amor; feliz unión de lo antiguo y de lo nuevo, de efusión medioeval y refinamiento moderno, obra en la que colaboraron con igual intensidad, la mente y el corazón."

Bien parece que la oración a Jesucristo hubiera sido inspirada por Dios al señor Suárez, como una lección de bondad a sus émulos, que no dieron tregua jamás a su furor contra este hoplita del pensamiento y que por el contrario vivían en continua hilvanación de calumnias y oprobios, dejándose llevar por ese designio de la maldad humana, que sólo se nutre de la envidia y del odio. Sobradísima ra-

zón tenía el señor Suárez cuando en sus mayores horas de angustia repetía la frase del célebre esclavo Epicteto: "Plue, Júpiter, super me calamitates", Lluève, ¡oh! Dios, sobre mí, tribulaciones"; él sabía que el dolor como el herrero, da forma a lo que golpea.

El fallo más acertado sobre el estilo elegante, clásico y flexible del señor Suárez, lo dio el consagrado escritor, traductor y crítico español, señor Juan Valera, cuando dijo: "El Cervantes de ahora vive en Colombia y se llama Marco Fidel Suárez."

En sus oraciones, discursos o penegíricos, tales como el *Elogio de don Rufino José Cuervo*, *Ante la estatua del doctor Murillo Toro*, *Rafael Núñez* y *Miguel Antonio Caro*, también se hace sentir en todo su vigor mental, el estilo robusto, y la forma castiza que sabía imprimir a cada una de sus cláusulas y de sus períodos.

Sobresale también en sus escritos el llamado por él *Honores y Deshonras*, defensa sincera que hay que leer llenos de unción y de respeto. Esta sublime apología fue escrita por el señor Suárez como respuesta a las fogosas y vehementísimas acusaciones de que fue víctima por parte de sus enemigos, quienes no quisieron ver con buenos ojos la obra del gran talento. Este escrito, se ha dicho, fue el origen de aquellos doce tomos, verdadero arsenal de noticias y enseñanzas, que él denominó *Los Sueños*.

Se ha dicho como apóstrofe contra el señor Suárez, que la humildad conduce al servilismo, cosa más absurda, en tratándose de este varón de patrióticos deseos. La humildad, diría yo, conduce a la sabiduría, a la virtud y a la santidad, y vaya como ejemplo palpable y concreto, la vida inmaculada de este eminente pensador.

El mejor veredicto sobre los *Sueños*, fue el anunciado por su mismo autor; él mismo llamó sus *Sueños*: "Prisiones entremezcladas de penas, quebrantos, angustias, congojas y tribulaciones, llovidas unas del cielo, y por eso mismo bienes muy grandes; flechadas otras por los prójimos, hermanos y amigos, y por eso mismo bienes también, por ser estos señores, instrumentos de que se vale Dios, para exigirte la cuenta de tus innumerables reatos."

Hállase en esos *Sueños* de cuerpo entero el hombre con toda su grandeza y también con sus pasiones, pero más que todo el escritor de frase caústica, el gramático, el humanista y el filólogo.

* * *

Suárez, el político.—Fue arrebatado el señor Suárez, por razón de las circunstancias de la época, del templo austero y regio en donde oficiaba como uno de los más afortunados sacerdotes en el difícil pero glorioso arte del cultivo del idioma, para ser llevado, tal vez de mal gusto, pero no contra su voluntad, a los estrados de la vida política, que más tarde habría de obsequiarle con tantas coronas de espigas y con tantos cálices de amarguras.

Su acendrado patriotismo, y sobre todo su elocuente fidelidad a sus principios políticos y religiosos, son de por sí fuerzas sobrehumanas que empujan vertiginosamente a este patriarca y esclarecido hombre a la edificación de formas de vida colectiva más llevaderas y

eternas. En el discurrir tormentoso y agitado de la vida del señor Suárez, su decisión política es pirámide de firmeza, torre luminosa de fe, faro que conduce a puerto más seguro y estable, línea recta de progreso, derecha concepción del orden e inconvencible afirmación de sus principios rectores. Con todo, dice el eminente poeta y crítico literario señor Rafael Maya: "Llegada la hora de analizar la dogmática del conservatismo, como partido, que no como filosofía, Suárez pontificaba a su antojo"; y agrega el señor Antonio Gómez Restrepo: "Pero si el político ha sido combatido, el literato ha alcanzado el sufragio general de sus compatriotas y ha vivido rodeado del respeto común. Muertos Cuervo y Caro, él ha ocupado el primer puesto en Colombia entre los hombres de letras."

* * *

Suárez, el católico.—El iluminado pensador fue ante todo un católico definido; heraldo invencible en el afán de defender su fe a costa de granjearse el desprecio de muchos y el amor de unos pocos escogidos. Su convicción en los postulados cristianos preparó en él esa actitud portentosa, remedio infalible contra la incertidumbre, que desde años atrás, venía devorando la vida interior de sus contemporáneos. Esta directriz trazada como derrotero de su vida religiosa, lo llevó más tarde a la concepción de estudios de la más alta significación teológica y metafísica.

Relacionó en forma por demás perfecta, la moral cristiana con la ética jurídica; supo armonizar la religión con la política, y logró colocar en un mismo plan de marcha, el orden que debía regir las relaciones recíprocas entre la Iglesia y el Estado.

La fe es en el señor Suárez, tranquilidad de conciencia, armonía y belleza en la vida interior, y sana alegría que culmina en estremecida emoción por su gran amor a Jesucristo.

* * *

Suárez, el orador.—Es este en los aspectos de la vida intelectual del señor Suárez, el que se manifiesta con caracteres menos duraderos y estables. En él, ya se alcanzan a vislumbrar las aristas oscuras y débiles, que hasta el momento no habíamos logrado descubrir en este océano de conocimientos perfectos.

No tuvo el autor de los *Sueños*, los variados y múltiples talentos del traductor de Virgilio, ni su arrebatada y encendida elocuencia; tampoco tuvo la poderosa fuerza lírica de Guillermo Valencia, el sublime bardo payanés. Menos vehemente y proceloso que José María Rojas Garrido, Diógenes Arrieta, y Francisco Eustaquio Alvarez, pero indudablemente más académico y culto.

En su concepción de la libertad guarda gran analogía con Murillo Toro. Llegó a escribir: "Si en una nación hay un paria o un esclavo, uno solo que sea, en esa nación no hay libertad." Quizás por ello se llamó a sí mismo: "El Presidente paria."

Su garganta y su ademán tribunicios nunca se manifestaron con actitudes dignas de encomio o de alabanza, de ahí que no haya sido

hombre de gran vocación parlamentaria, ni que pueda figurar sin menosprecio al lado de Demóstenes, Esquines, Cicerón, Catón, Castelar, Nocedal, Montalvo, Martí, Gladstone, William Pitt, o a la diestra de los encendidos racionalistas de la Revolución Francesa, pero recordemos que benefactores de la humanidad, tales como Solón, Aristóteles, Sócrates, Pitágoras, Isócrates, Washington, Pasteur, Newton, Copérnico y muchos otros, nunca fueron oradores, y sin embargo su memoria se agiganta cada día más y más:

* * *

Suárez, el poeta.—Es de observar, y con tristeza, cómo el prodigioso poeta que había en el señor Suárez se extinguió para dejar brillar en todo su esplendor los otros talentos a los cuales se consagró con mayor ahinco y voluntad tesonera; pero ello no quiere decir que la sensibilidad poética de Suárez merezca ser olvidada, ni que su obra poética no sea digna de figurar con orgullo en las principales antologías colombianas. Su gusto poético fue delicado, cristiano y dulce, como claramente lo demuestra el elegíaco poema titulado *Mater Dolorosa*; poema exquisito y humano, en donde se revela en toda su poderosa capacidad lírica. Es cierto, como bien lo afirma honradamente el crítico literario señor Hernando Téllez al hacer un estudio concienzudo de la obra del señor León de Greiff, que "en Colombia se ha creído que un millón de versificadores, es un millón de poetas." Esto es una gran verdad, pero esta sentencia no puede recaer como plomo derretido sobre la obra poética del señor Suárez; por el contrario, cuán lejos está él del versificador y en cambio está como incrustado en la médula dorsal del auténtico poeta. Ahora, seamos más justos con el infatigable escritor, y si resulta muy duro a nuestra conciencia otorgarle el título de poeta del verso, nombrémosle poeta de la prosa, de la misma manera como naciones que tienen un mayor sentido de la honradez, así han consagrado a Homero, Virgilio, Vyassa, Valmiki, Tasso, Milton, Fenelón y Chateaubriand.

* * *

Conclusión.—Hay en el señor Suárez una extraordinaria armonía de facultades y una insólita disposición para la realización de sus más variadas actitudes. La filología lo coloca naturalmente en un puesto de preeminencia, en el cual, con Caro y Cuervo, aparece formando un triángulo equilátero de sapiencia, virtud y buen decir. Su afición por el Derecho Internacional, lo presenta ante las generaciones por venir como uno de sus más acertados cultores.

Su vocación de pensador encontró teatro de acción en las más encumbradas esferas de la Filosofía y de la Metafísica, que es una derivación de aquella. Estuvo matriculado en las escuelas de la verdad patristica y escolástica, tamice de purificación de la Filosofía aristotélica, en ese crisol resplandeciente de rara vitalidad humana que fue el cerebro de Santo Tomás de Aquino, razón por la cual se ha dicho del señor Suárez, que cuando razona, lo hace con el vigor de un silogista y con la precisión de un matemático.

